

Cada uno de nosotros vive en su jardín. Y hay que salir de él para examinarse y rastrearse; para ser uno mismo y verse, sentado a la puerta, aguardándose. Entender por fin, sin la menor garantía de acierto ni de éxito visible, lo que significa la palabra yo. Y nunca volveremos a ser los mismos, ni nos identificaremos con nuestra grisácea vida anterior, ni se nos podrá infligir más daño que el que permitamos. El ser que somos no estaba resguardado sino oculto tras las tapias del jardín. Por eso hay que huir de él. Para descubrir la auténtica ética, el deber auténtico (el primero es responder a la pregunta quién soy), el auténtico mundo. Allí está, desplegado, al otro lado de los muros, más allá de las fronteras constrictoras, por encima de las madreselvas y las hiedras que embellecen con su disfraz las rejas de la cárcel.

Antonio Gala

Los invitados al jardín